

Solemnidad de la Santísima Trinidad B2024

Toda nuestra vida cristiana es un movimiento bajo la guía de la Santísima Trinidad. Cada domingo comenzamos la Misa con la señal de la cruz en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Lo que hacemos el domingo es una repetición de una verdad fundamental que ya hemos afirmado en nuestro bautismo y que está incrustada en todos los Sacramentos de la Iglesia, es decir, que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Todas las lecturas de esta solemnidad contribuyen, cada una a su manera, a la verdad de que Dios es uno, pero en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En la primera lectura Moisés reflexiona sobre la naturaleza y la identidad de Dios. Revela que Dios es fundamentalmente un ser relacional y comunicativo. Vive en relación y no en soledad. No está envuelto en su divinidad ni escondido en sus cielos.

Se deja acercar y se conmueve por la situación de su pueblo hasta el punto de intervenir a su favor como lo hizo cuando los hijos de Israel estaban en Egipto. Actúa con amor como un padre, buscando siempre el bien de sus seres queridos. Está cerca de nosotros y se interesa por nuestros problemas. Tiene un corazón para compadecerse y oídos para escuchar el llanto humano. Él es un Dios compasivo, perdonador y amoroso.

No hay otro Dios arriba en los cielos ni abajo en la tierra. Reconocer y honrar la unicidad de nuestro Dios es respetar y guardar sus estatutos y mandamientos. Tal respeto por los estatutos y mandamientos de Dios atrae sus bendiciones y gracias a quienes creen en él.

La experiencia de la singularidad del amor y la comunicación de Dios con el mundo ha alcanzado su culminación en Jesucristo. Con sus actos y palabras, nuestro Señor nos ha revelado a Dios como un Padre que nos ama. Nuestro Señor sólo puede revelar al Padre porque lo conoce y está cerca de él. Por eso dijo repetidamente: “El Padre y yo somos uno”; “Las palabras que los digo no son mías, sino de mi Padre”; “Quien me ve, ve al Padre”; “Tengan fe en Dios; también tengan fe en mí”. Tales palabras muestran que existe una relación íntima entre Jesús y su Padre.

Además, antes de ascender al cielo, nuestro Señor prometió a sus discípulos que no los dejará huérfanos, sino que les enviará un Abogado, el Espíritu Santo, que les recordará todo lo que enseñó.

El Espíritu Santo confirma que somos hijos e hijas de Dios, llamados a compartir la misma herencia con nuestro Señor Jesús. Gracias al Espíritu Santo, podemos llamar a Dios “Abba, Padre”. Como dice San Pablo: “El Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo”. Al compartir el sufrimiento de nuestro Señor, también compartiremos su gloria.

Como parece claramente, Dios en su deidad más íntima no es una persona solitaria, sino un ser relacional. Él se revela como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los tres son iguales, pero un solo Dios, en su relación entre sí y con el mundo. Esta unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es lo que llamamos Trinidad.

La unidad en la deidad más íntima nos hace comprender por qué al dar la misión a sus discípulos de enseñar la Buena Nueva del Reino de Dios al mundo entero, nuestro Señor les recomendó "bautizar en el nombre del Padre, y del Hijo, y de El espíritu santo". El bautismo en nombre de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, no tendría sentido, si no hubiera igualdad, complementariedad y unidad en Dios mismo. Es porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno, que Jesús puede recomendar a los discípulos que bauticen en el nombre de la Trinidad.

La Trinidad es la familia de Dios donde el amor de Dios se desborda fuera de la Deidad y nos alcanza como Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Trinidad es la familia de Dios, donde las tres personas divinas llevan una vida de perfecta armonía, integración, continuo diálogo y comprensión. Las personas divinas viven en comunión, relación mutua, complementariedad y interdependencia. Sin confundirse entre sí, los une un mismo impulso de acción y de hechos. Entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo existe una fuerte relación de reciprocidad, igualdad e interacción.

Si Dios en sí mismo vive una vida de comunión, mutualidad e interdependencia, para serle fieles, debemos implementar en nuestras propias vidas verdaderas relaciones unos con otros, respetarnos y amarnos como hermanos y hermanas. ¿Cómo podemos celebrar la fiesta de la Trinidad sin pedir perdón por nuestra negligencia en las relaciones verdaderas que nos construyen como comunidad cristiana? La Santísima Trinidad nos desafía cada vez que nos involucramos en conflictos de intereses que destruyen nuestra hermandad.

Si Dios es relación y comunión, debemos anhelar sobre todo la unidad entre nosotros, a ejemplo de la Santísima Trinidad. No es esa clase de unidad que busca matar los carismas de los demás o intenta reducir a todos al mismo nivel de pensamiento, sino que es respetuosa de la diversidad, sabiendo que Dios nos ha creado diferentes para que nos enriquezcamos unos a otros. Entonces, somos cultural, intelectual y sociológicamente diferentes; pero somos un solo pueblo, el pueblo de Dios. Nuestras diferencias no pueden ser un obstáculo para ser o trabajar juntos como comunidad.

La Trinidad como familia de Dios es una invitación a que nuestras propias familias vivan los valores del respeto mutuo, el amor recíproco y la interdependencia. Pidamos al Señor que nos ayude a vivir según la imagen de la Santísima Trinidad en comunión de corazón y de mente unos con otros.

Deuteronomio 4: 32-34, 39-40; Romanos 8: 14-17; Mateo 28: 16-20



Fecha de la Homilía: el 26 de Mayo 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240526homilia.pdf